

Assefaw Tewolde, Director de Biotecnología del Instituto Interamericano de Cooperación para la Agricultura

“En Uruguay todavía no existe acuerdo por los cultivos transgénicos”

Uruguay ya presenta más de 50.000 hectáreas de cultivos transgénicos. Sin embargo, sus líderes –gobierno, productores, académicos- aún discuten el marco regulatorio que confirme sus ventajas para el desarrollo del país y garantice al mismo tiempo la salud de la población.

En una visita a Zonamérica, el experto mexicano resaltó las ventajas de las herramientas genéticas en el mundo de la agricultura y reflexionó sobre sus implicancias morales, económicas, medioambientales y políticas.

Biotechnología, bionegocios, bioseguridad, son palabras de moda entre los líderes de opinión. Pero son algo más que una entelequia para pocos o un secreto de laboratorio. Sus efectos encallan directamente en la mesa del consumidor y ponen en la escena social asuntos de salud pública, estrategias macroeconómicas de los países y duros intercambios políticos entre los bandos en disputa.

La aplicación de técnicas genéticas en la producción agropecuaria parece algo más que una decisión productiva.

El problema de los organismos genéticamente modificados transita además otras veredas más profundas como la política, la ética, el respeto por la biodiversidad, la religión.

Para los detractores de los cultivos transgénicos se trata de los “alimentos Frankenstein”, aquellos que no respetan las leyes de la naturaleza. Aquellos que alteran el determinismo genético (somos nuestra carga genética original y eso no puede modificarse). Un dilema filosófico que excede a los tubos de ensayo.

Para los defensores de la aplicación de estas técnicas es un avance escandalosamente insospechado, tanto por sus beneficios económicos como por su potencial cobertura social.

Un cultivo que antes se echaba a perder por las heladas podrá salvarse y usarse a placer gracias a la implantación de un gen endógeno de un pez.

Ya hay unos 15 cultivos transgénicos en circulación y 23 países -11 del mundo desarrollado- que ya comienzan a tener regulaciones para su gestión agrícola y comercial.

Uruguay es uno de los países que aún no ha tomado decisión sobre los transgénicos. En medio de una fuerte discusión dentro del sector público y privado, entre académicos, gobernantes y productores, el Instituto Interamericano de Cooperación para la Agricultura (IICA) invitó a su director de Biotecnología y Bioseguridad, Assefaw Tewolde, para dar una charla a funcionarios de gobierno y líderes de los sectores productivos.

El genetista Tewolde, de 58 años, también visitó Zonamérica. Su recorrida puso especial interés en las empresas biotecnológicas. “Quedé muy impresionado con

Zonamérica”, asegura. “No sólo porque es un lugar extraordinario, sino también por su concepto. Es un instrumento de innovación extraordinario. Y los emprendedores están todos juntos, en un mismo lugar. Lo mejor de todo es que hay investigación de primer nivel pero se dedican también las fuerzas en traducir ese trabajo en un sentido empresario”.

-Cuando usted era un joven estudiante en México ya se hablaba de biotecnología, pero ¿se imaginaba las posibilidades que hoy se plantean?

-En aquel entonces ya había biotecnología: las vacunas son biotecnología, por poner un ejemplo. Pero sin duda lo que hoy conocemos como biotecnología era impensable. La ciencia tenía postulados muy teóricos acerca de lo que hoy es normal. Lo más interesante son las posibilidades que nos da, un lujo impensable para satisfacer demandas de la población mundial. La biotecnología nos permitiría mejorar la alimentación de las personas, entre otros beneficios.

-Las experiencias permiten implantar genes no sólo de plantas en otras plantas, sino que ya se puede transmitir material genético de animales a plantas, lo que permite –por ejemplo- que un cultivo pueda adoptar atributos de resistencia frente a plagas, frente a los fenómenos climáticos, etcétera.

-Es cierto. Lo que hoy llamamos cambio climático es un desafío para la biotecnología. Ya está disponible la técnica que permite aplicar un gen único en un cultivo, lo que permite que la planta sea más resistente a los insectos. Entre otros beneficios la planta usa menos agua pero además necesita una cantidad mucho menor de herbicidas.

-La primera experiencia que se realizó fue la del tomate larga vida. ¿Cómo resultó?

-En los últimos quince años la biotecnología ha tenido aplicaciones muy interesantes. El tomate larga vida permitió abaratar costos y permitió su transporte en largas distancias.

-Usted es consciente que los cultivos transgénicos reciben duras críticas porque alteran la biodiversidad. Hay quienes piensan que violan –por así decirlo- las leyes naturales. Hoy el debate de los transgénicos salió de los laboratorios para instalarse en el debate público, un debate moral, político, económico y hasta religioso.

-Es verdad. Los científicos hemos tenido que reflexionar más allá del trabajo de laboratorio. Nuestro trabajo también tiene implicancias morales, ambientales, económicas, sociales y políticas. En mi experiencia, he escuchado los argumentos cuestionando la presencia de la genética en la agricultura. Creo que son planteos pasados de moda, que la realidad ha ido volviendo poco convincentes. A pesar de eso tenemos que estar alertas y para eso es necesaria la regulación.

¿Pero no cree usted que es necesario garantizar que esos avances tengan garantías de que no habrá sólo afán de lucro?

-Esa es una discusión antigua también, porque ya nadie duda –inclusive los que discuten los transgénicos- que la biotecnología es un camino posible de desarrollo. Yo creo que el avance científico debe ser responsable y nosotros somos los primeros que queremos que haya una regulación que de garantías para el medio ambiente. Los países deben tener un marco regulatorio que garantice que no habrá problemas de salud en la población. Hasta el momento no hay ninguna evidencia científica acerca de que los alimentos transgénicos sean nocivos para la salud.

-Cada país va tener que tener su propio debate.

-Hay un escenario internacional. Está el Protocolo de Cartagena que reúne a los países favorables pero comprometidos con todas las pruebas que deben desarrollarse antes de liberar un cultivo. Pero en principio es un debate país por país. A diciembre de 2007, ya eran 23 países en el mundo que presentaban marco regulatorio sobre cultivos transgénicos. Hay muchos países, como es el caso de Uruguay, que todavía no han terminado ese debate.

-¿Cómo ve ese debate en Uruguay?

-No estoy todo lo documentado que me gustaría, pero tengo información –sobre todo a través de los foros que organizamos en IICA- que en Uruguay no existe un acuerdo sobre transgénicos. Los delegados uruguayos que llegan a nuestros encuentros nos traen informes señalando que todavía no hay acuerdo dentro del sector público y el privado sobre el tema.

-¿Estamos muy atrasados en esa discusión?

-No lo creo. Creo que Uruguay está a tiempo. Por algo se denomina “País Megabiotécnico”. Eso quiere decir que Uruguay siembra en más de 50.000 hectáreas. Yo creo que ese es un síntoma de que el país está llegando a un punto de debate interesante.

-Usted llegó a Uruguay para hablar del tema. ¿Qué vino a decirles a las autoridades y a los empresarios?

-Yo vine en nombre de IICA con una bandera. Que se informen, que manejemos información científica. En segundo lugar, identifiquemos nuestras capacidades técnicas y nuestras dificultades. Y en tercer lugar, yo diría que se pregunten por qué biotecnología en un país como Uruguay. Pero, sobre todas las cosas vine a escuchar.

Biografía

Assefaw Tewolde es ciudadano mexicano, aunque nació en Eritrea, Etiopía, hace 58 años. Se licenció en Ciencias Agrícolas en 1973. Luego terminó sus posgrados en Estados Unidos. Obtuvo su maestría en Mejoramiento y Genética Animal con énfasis en Estadística Aplicada en University of Florida, Gainesville, Florida, en 1976. Luego en 1981 obtuvo su Ph.D. en Mejoramiento y Genética Animal con énfasis en Biometría, en la Oregon State University, Corvallis, Oregon.